

Poemas inéditos

El gusano de la conciencia

David Huerta

El Fondo de Cultura Económica tiene en preparación la poesía reunida de David Huerta. Aparecerá este año con el título de La mancha en el espejo. Reúne todos los libros publicados por este autor desde 1972. Los poemas que damos a conocer forman parte de obras nuevas.

EL GUSANO DE LA CONCIENCIA

No busques debajo de las puertas
ni detrás del refrigerador. La conciencia
y su gusano enorme, fosforescente, enantiomorfo
de las Enseñanzas de Don Juan,
no estará ahí donde lo trates de encontrar
—sino, siempre, en otro lado:

el gesto de esa muchacha a la que viste fugazmente
como si en verdad fuera fea;
la frase de ese hombre donde brilló
con una luz opaca y tambaleante
una palabra muy poco luminosa
como “cansancio”, “desempleo”, “enfermedad”;
la noticia de ese joven estudiante en la cual,
sin el menor énfasis ni una micra de melodrama,
te habló de “hambre”.

Está en los ángulos de cada decisión
y en el espeso caldo de tus opiniones
y de tus juicios intempestivos.

A veces asoma en la coloratura de tus preguntas
y en el falsete de tus dudas.

El gusano se ha deslizado entre las páginas
de los libros. Ha entrado
en el sueño vespertino y en las horas sagradas
del insomnio. Déjalo estar, déjalo reptar.
Su noche es como el día de tu nacimiento.
Nace uno con él o nace sin él.
La mayoría nace sin él, como una imperfecta
botella de mezcal.

Tú naciste con él. Acepta
las consecuencias de tu condición
y no llores cuando sientas
sobre la planicie de la cara
cómo el gusano se desplaza
a semejanza de la luz quemante
de un sol de mediodía o un sol de medianoche.

CANCIONCILLA FILOSOFANTE

Hablo acerca de los objetos
y trato de discernir. Pero no salgo
de mis cuartos acostumbrados:

cuarto menguante
de las ideas incompletas;

cuarto de milla para el caballo anémico
de mi pensar;

cuarto de hotel sin servicio
ni atención de lavandería:

cuarto de hora de la desesperación
y la falta de humor.

Un jardín. Un jeroglifo. Una mesa. Nada
en las navajas, ni siquiera
el sueño de la sangre. Nada
dentro de vasos y dentro

de intestinos. Un poco de hambre, sí. Soles
girantes. Supernovas y botellas de plástico
tiradas a las orillas del camino.

Objetos. Pureza
spinoziana
de su estar-ahí, insistiendo,
perseverando.

Abajo, abajo, manos humanas
escarban pilas de fenómenos
en el basurero de la prosa mundanal.

Poco encuentran: gemidos,
arterias rotas, vísceras
esmaltadas por días
y cansancio.

Más abajo aún, el vaso del dolor
y sus estrías refulgentes —plata sucia,
agua estancada tupida de alfileres.

En la boca, la música de la noche.

Cercanía, lejanía. Una pared sin signos,
monda, fugaz y silenciosa.

TODO LO QUE NO SE VIO

No se vio el horizonte, no se vio tampoco
la punta de la montaña; no se vio el mar
ni se vio el bosque y ninguna de las hojas
se vio. No se vio al padre ni a la madre,
no se vio a los hijos ni a los sobrinos,
no se vio el cráter ni el nardo ni la gusanera
ni el friso sublime. No se vio el desierto
ni la nieve de los polos ni la provincia
llamada No Se Sabe Dónde Está, ni el reino
de Nunca Jamás ni el momento llamado ayer
ni el minuto baldío en la carátula del reloj
que tampoco se vio. Los ojos cerrados
no pudieron ver ni tampoco los ojos abiertos.
El Aleph se ocultó y quedó envuelto
en invisibilidad y la oscuridad se ocultó
en la luz y no se vio y la luz se dobló
sobre sí misma y el color gris aparentó
esconderse en el color azul y éste a su vez
en el color blanco y los numerosos cuadros
del Palacio de Invierno se juntaron en un remolino
como sugería Ósip Mandelstam y ese remolino giró

en un vértigo nunca atestiguado por nadie
y dio como resultado una imagen, que tampoco
pudo verse al final, de la Divina Comedia.

LUZ DIVIDIDA EN MADRID

Una luz dividió el cuarto donde Rubén Darío trataba de escribir. Del lado de allá, un ejemplar del *Quijote*, del lado de acá las hojas de papel de barba con tachaduras y la carta no leída de un joven poeta en busca de orientación y ayuda. Del lado de allá, algunas colaboraciones inacabadas para revistas odiables y del lado de acá un mensaje manuscrito de Juan Ramón Jiménez. Del lado de allá, el fulgor luciferino de una botella de coñac o de whisky; del lado de acá, un alucinado perfil de fauno o de princesa o de cisne. Del lado de allá, el pesar de no ser lo que él hubiera sido y del lado de acá, naturalmente, la pérdida del reino que merecía él sin duda, como nadie, una llanura azul y la sombra de un ruiñeñor y el alma de una alondra matinal. Cuántas cosas divididas por la luz —una luz más parecida a la sombra que la cascada solar o a la sinfonía de los amaneceres. Maldita vida, maldita. Vida de paz e infierno: bendita por esa calma inalcanzable y esa soñada figura indefinible —una mujer, acaso, o un paisaje lento de Nicaragua, unos cuantos amigos y la veladura destellante de la poesía, el infinito estremecimiento del poema, el aliento de la noche que de pronto debería llenarse de luz y se llena, en cambio, de ruidos y amenazas. Y sin embargo, el poema se acerca y le toca el pecho y lo rodea y se insinúa en sus manos y sus ojos y por fin comienza, como un animal que empezara a deslizarse dentro del corazón de un demonio arcangélico.

EL OXÍGENO DEL HÉROE

Asido a la seda del oxígeno, declara el héroe
su última voluntad, entre los torbellinos del crepúsculo
y las abullonadas expresiones de duelo
de los vencidos más hipócritas. Los vencidos por él,
se entiende: una turba acezante
de atarantados. El héroe se pone de perfil
y a continuación comienza a disminuir,
un *zoom* inverso, desesperante, que lo lleva
en línea recta a los barrios bajos más liliputienses

de la comarca. Casi no se le ve
—pero él sigue asido, agarrado, amarrado al cordón
de seda cual un lebril de niebla, pero mucho
menos cazador. Un dogo diminuto es el héroe
y respira sentencias confucianas. Mira alrededor
con desconfianza, como si fueran a atraparlo
en una operación consistente en lavar dinero mágico.
Disminuye y luego aumenta: sístole de la fama,
diástole de su falsa modestia. “Oxígeno, oxígeno”,
exclama. Un cordón de seda azul y luego rojo.
Un ámbito. Un color planetario. La campana
donde terminará de aturdirse antes de morir
sin pena ni gloria, como un perro amarillo
del extrarradio urbano, miserable y pulgoso.

VERSO SUELTO

Vuélvete a la penumbra de tu labio, verso suelto
en la espesura; regresa a la fuente o núcleo
de diminutas guirnaldas rojas
de donde procedes; desanda ese camino
de pedregosas guturales
y lenguas virtuales de chasquido
y soterrados golpes de glotis;
rehaz esa vía y desaparece de nuestra vista.

No te necesitamos. Pero detrás de ti alienta
otro verso, menos adocenado que tú.

Déjanos ver y escuchar su andadura de insecto
y su perfil de puro utensilio
hecho de sonido y sombra
y un microgramo de melancolía.

Tal vez nos dé la claridad
que tú nos negabas
con ese gesto de aristocrática antipatía
con que, desde arriba, nos contemplabas,

verso declinante y falaz,
destello oscuro de mala fe y anémica prosodia.